

DANILO KIŠ

LA BUHARDILLA

EDICIÓN DE MIRJANA MIOČINOVIĆ

TRADUCCIÓN DEL SERBIO
DE LUISA FERNANDA GARRIDO
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Mansarda*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Herederos de Danilo Kiš
© de la traducción, 2019 by Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

Esta traducción ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
Medios y Sociedad de la información de la República de Serbia



Republika Srbija
Ministarstvo kulture, informisanja
i informacionog društva

ISBN: 978-84-17346-68-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 14 010-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LA BUHARDILLA

Eurídice	7
La buhardilla (I)	17
El viaje	27
El regreso	35
El laúd	49
La noche de Walpurgis	59
Los dos desesperados	69
La isla	83
La buhardilla (II)	87
La buhardilla (III)	95
Domingo, día soleado	101
<i>Extracto de la partida de nacimiento</i>	105

Nuestros ojos no verán la celda romántica, ni la cabaña o la choza; se les aparecerá un edificio de piedra de muchos pisos; cuanto más alto el piso, más fría es la vida. La necesidad, la pena, el fracaso, la ignorancia, la enfermedad empujan al hombre cada vez más arriba. Mientras estaba abajo, observaba el abigarramiento de la vida, de alguna manera formaba parte de ella, aunque a menudo era incomprendible y superior a sus fuerzas ya desde el nacimiento (con el desarrollo de la civilización el número de «inadaptados a la vida» va en aumento, no debemos olvidarnos de ello). Cuanto más arriba ha empujado al hombre la vida hostil, más frío ha sentido y menos ha sabido comprender la vida y adaptarse a ella.

A. A. BLOK

EURÍDICE

Oía llorar por la noche a los trenes invisibles y a las hojas corniformes que se agarraban con las uñas al suelo duro, helado.

Por doquier nos acechaban multitudes de perros roñosos y hambrientos. Salían de zaguanes oscuros y se deslizaban a través de los huecos estrechos entre las estacas de las vallas. Nos seguían en grandes manadas, mudos. Sólo de vez en cuando alzaban los ojos tristes y sombríos y los posaban en nosotros. Tenían una suerte de extraño respeto por nuestros pasos inaudibles, por nuestros abrazos.

De un árbol oscuro, cuyas ramas pendían sobre la valla, caían unas ciruelas otoñales, moradas y grandes. Nunca creí que en esta época del otoño pudiera haber ciruelas tan duras y tan moradas. Pero a la sazón estábamos tan ocupados con nuestras caricias que no prestábamos atención a cosas así. Tan sólo una noche, sorprendidos por los faros de un coche viejo, advertimos que la manada de perros que hasta ese momento nos había acompañado silenciosa recogía casi fervorosamente las ciruelas de la grava del camino y del barro del canal. De pronto entendí por qué los perros estaban tan callados y abatidos: esas ciruelas silvestres de otoño les astringían, como el alumbre, las cuerdas vocales. No oía más que los huesos, con los que trataban de engañar el hambre, cascando entre sus dientes. Sin embargo, parecía que aquello les daba vergüenza; en cuanto el coche arrojó de repente la luz de los faros, los perros se escondieron en el canal a orillas del camino y los que no tuvieron tiempo de hacerlo se quedaron en el sitio como petrificados.

Un hombre con pelliza frenó en seco el automóvil.

—¡Qué extraño!—dijo. Pero yo no podía ver a quién se dirigía. Creo que no había nadie en el coche, porque la luz no estaba encendida.

Entonces el hombre de la pelliza se agachó junto al cuerpo, mientras lo miraba fijamente y decía:

—¡Qué extraño, qué extraño!

Nos apretujamos contra el muro agrietado en la sombra conteniendo la respiración. Y no vimos más que al hombre que volvía al coche y encendía los faros.

Sólo cuando el automóvil fue calle abajo el motor rugió. Entonces entendí cómo había logrado sorprender a los perros el hombre de la pelliza. El coche iba por la calle sin luces, en punto muerto, con las artimañas de una fiera salvaje: el viento soplaba en dirección contraria.

Nosotros saltamos el canal y nos paramos en el lugar donde un poco antes había estado el coche. Los dos perros yacían sobre el costado derecho, casi simétricamente uno junto al otro. Uno era un viejo bulldog con hocico de mono mutilado por las ruedas, y el otro, un pequeño crestado chino, con un medallón colgando del cuello. Me agaché para ver el collar. En el medallón amarillo, no mayor que una uña, estaba grabado: LARRON. CRIMEN AMORIS.

Tenía la esperanza de encontrar un anuncio en el periódico, testificar y devolver el medallón al dueño del perro; pero en ninguna parte pude leer anuncio semejante.

Por eso un día, convencido de que no tenía ninguna razón para no considerar el oro de mi propiedad, llevé el medallón al joyero.

—*Larron* significa ladrón—dijo el joyero sin quitarme los ojos de encima.

Me quedé sorprendido.

—Así se llamaba mi perro—dije para ocultar mi des-
concierto.

—¡Qué extraño!—exclamó él.

—Le gustaba robar ciruelas.

—¿Ciruelas?—preguntó el joyero alzando la vista.

—Sí, y eso le costó la vida—contesté.

—¡Qué extraño!—repitió él—. Y ¿usted quiere que le
haga un anillo con esto?

—Sí—dije.

—Ummm—murmuró—. Por supuesto, es asunto suyo.
Entonces yo pregunté:

—¿Es que no puede hacer un anillo con esto?

En aquella época no prestaba atención a los trenes. Pero me torturaban con sus aullidos sin que siquiera fuera consciente de ello. Abrigaba en mi interior un turbio presentimiento, cierto temor a esos aullidos.

No obstante, una noche, también sorprendentemente para mí mismo, dije:

—Me dan miedo los trenes.

—Tú no tienes miedo de nada—dijo ella—. No debes tener miedo.

—También temo a los perros—repliqué.

—¡Oh!—exclamó ella; pero no pudo continuar. En cuanto redondeó los labios para decir «oh», yo pegué a ellos los míos y el beso tuvo así el sonido oscuro de un arrepentimiento, de un «oh... oh... oh...» ronco, prolongado, que se inflaba y desinflaba hasta acabar con un leve estallido, como una pompa de jabón.

—¡Oh!—repitió ella, y su voz era ahora más fina y embriagada—. ¿Qué te pasa esta noche?—preguntó.

—No debí decir eso. No debiste dejar que lo dijera.

—¿El qué?—preguntó ella.

—Lo de los trenes y los perros. No debí decirlo. Si no lo hubiera dicho, ahora no estaría pensando en ello.

Estábamos tumbados entre la hojarasca al lado del terraplén del tren. Nunca he podido explicar lo que me sucede. En cuanto sentía que el tren se aproximaba por el leve temblor del suelo, me embargaba un instinto de macho y cierto temor, cierta desazón que me impulsaba a arrojarme bajo las ruedas.

—Abrázame—dije—, con fuerza.

—¿Otra vez tienes miedo?—preguntó—. Aquí no hay perros. ¿O es que has oído algo?

—Sí—dije—. El crujido de los huesos entre los colmillos.

—Es el guardavía que inspecciona los raíles.

—No—dije—. Abrázame fuerte.

Cuando el tren pasó a nuestro lado con estruendo, levantando el remolino de hojas secas que habíamos amontonado, temblaba al borde del desfallecimiento; luego, repentina e incomprensiblemente, empecé a sollozar.

—¡Mira!—dijo ella—, ¡mira!

Estaba tan oscuro que no tuve que sonrojarme. Además, no me daba vergüenza llorar. Pensé inventarme una explicación, pero también renuncié. Incluso me gustaba llorar delante de ella.

—¡Mira, tonto!—repitió ella—. ¡Mira lo que he encontrado!

Sólo entonces abrí los ojos.

Sostenía en la palma de la mano una muñeca de trapo rubia. Palpé con dos dedos el vestido de *chintz*, luego le subí la faldita y me reí.

—Será nuestra hijita, sin pecado concebida.

—Te burlas de mí—replicó ella.

—Claro que no.

—Bueno—dijo—. Vamos a bautizarla.

—No—. ¡Vamos a tirarla al tren! Tiene el hocico como el del *bulldog* que atropelló el coche.

Ella contempló por un instante la cara de la muñeca, luego soltó un leve grito, la volteó y la tiró por el terraplén.

Sentí que el serrín de las entrañas de la muñeca me azotaba la cara como si fuera arena.

—¡Qué extraño!—dijo ella cuando se apartó de mi boca.

—¿El qué? ¿Qué es extraño?

Estaba tumbada sobre las hojas secas ensimismada en el oscuro cielo nocturno.

Pero nuestra relación había empezado mucho antes.

En aquella época, cuando creo que la encontré por primera vez, yo buscaba febrilmente respuestas a cuestiones de la vida, de modo que estaba absorto en mí mismo, es decir, en esas cuestiones.

He aquí algunas preguntas para las que buscaba respuestas.

- la inmortalidad del alma
- la inmortalidad del sexo
- la inmaculada concepción
- la maternidad
- la paternidad
- la patria
- el cosmopolitismo
- la transformación orgánica de la materia y
- la alimentación
- la metempsicosis
- la vida en otros planetas y
- en las estrellas

- la antigüedad de la Tierra
 - la diferencia entre cultura y civilización
 - la cuestión racial
 - el apoliticismo o el compromiso
 - la bondad o la desconsideración
 - el Superhombre o el Hombre universal
 - el idealismo o el materialismo
 - Don Quijote o Sancho Panza
 - Hamlet o don Juan
 - el pesimismo o el optimismo
 - la muerte o el suicidio
- etcétera, etcétera.

Estos y una decena más de problemas parecidos se alzaban ante mí como una tropa de esfinges caprichosas y silenciosas. Y precisamente cuando había llegado al problema número nueve—la cuestión de la alimentación—ya que había resuelto los ocho anteriores de esta o aquella manera, se presentó también la última cuestión en la serie: la cuestión del amor...

Analizadas las partes de las que está constituida, la pregunta en este caso concreto tenía los siguientes determinantes:

PREGUNTA: ¿De qué color son sus ojos?

HIPÓTESIS: Verdes, azules, verdemar, color de aceituna madura, aguamarina, como el cielo nocturno sobre el Adriático, sobre Madagascar, sobre Odesa, sobre Célebes; como el mar en Brač, en el cabo de Buena Esperanza, etcétera.

PREGUNTA: ¿Color de su pelo?

HIPÓTESIS: Castaño, rubio, cabello de hada, cabello de Viviana, color de claro de luna maduro, de puro lino soleado, de día soleado...

¿Su voz?

Arpa de plata, viola con sordina, laúd renacentista, voz

de guitarra sueca de trece cuerdas, de órganos góticos o de clavicémbalo en miniatura, de *staccato* de violín, de arpeggio menor en la guitarra...

¿Sus manos, sus caricias?

¿Sus besos?

¿Senos, muslos, caderas?

Y de esta forma, ella, con esta valiosa carga barroca, caminó hacia mí con el paso de una fiera domesticada y el caballo al viento.

Y sucedió como sigue:

Precisamente acababa de decidir con el Macho Cabrío Sabio dedicarme a la filosofía, y sin grandes dificultades habíamos llegado a la famosa cuestión novena, cuando él me sugirió que nos la saltáramos porque era bastante vulgar y poco interesante para los filósofos, y que mejor nos centráramos en la astronomía y empezáramos todo el asunto... por las estrellas.

Yo, por supuesto, estuve de acuerdo.

Con este fin, vendimos todas nuestras cosas (es decir, mi abrigo y el suyo, y unos libros que habíamos exprimido cual limón hasta tal punto que podíamos tirarlos a las tazas del urinario) y nos mudamos a una pequeña buhardilla en las afueras de la ciudad. Allí, durante días, mejor dicho, noches, contemplábamos las estrellas y descubríamos galaxias para nosotros desconocidas e inexploradas. Así, bautizamos como Amor Ignoto a una estrella en la constelación de Orión, a otra como Macho Cabrío Sabio, a la tercera con mi nombre (el cual quedará como un secretillo) y a la cuarta le dimos el nombre, simple y bastante vulgar, de Hambre.

Con ello justificamos nuestra inconsecuencia y el retorno a la cuestión famosa e indigna que llevaba el número cabalístico nueve.

—Permítame—dije—que le presente a mi amigo, el Macho Cabrío Sabio.

—¡Oh!—exclamó ella—. Usted seguramente es filósofo.

—No, es astrónomo.

—Sí—dijo el Macho Cabrío Sabio—, y él es...

—*Globetrotter*—dije yo, pisándole el callo. (Nunca me ha gustado desnudarme en público).

—¡Oh!—dijo ella, y una nube pasó por sus ojos.

—Pues sí—dije yo—. Precisamente acabo de volver del cabo de Buena Esperanza pasando por la Costa Azul.

—¡Qué suerte tienen!—añadió ella.

—¿Tenemos?—dije yo.

—¡Tenemos, sí!—afirmó el Macho Cabrío Sabio.

El otoño de 7464 (según el calendario bizantino) fue brumoso y húmedo, y las hojas de la noche a la mañana se tornaron amarillas, se marchitaron, de modo que un día descubrí con asombro que las ramas estaban peladas como un tubo. ¡Todo eso sucedió tan de repente!

—¿Cómo se llama usted en realidad?—preguntó ella al día siguiente—. Cabo de Buena Esperanza probablemente no será su nombre.

—Orfeo—contesté—. Orfeus.

El Macho Cabrío Embustero lo confirmó:

—Ya ve—dijo—, ¿por qué usted, Magdalena, no sería Eurídice? Seguro que él quería decir eso... ¿No es cierto, Orfeo?

—Por supuesto—dije yo—. Se sobreentiende. Si no tiene nada en contra.

—¡Oh!—replicó ella—. ¡Qué raro es usted!

Y luego, como al ataque:

—¿Y dónde tiene la guitarra, Orfeo?

—En la buhardilla—contesté.

—¿En qué buhardilla?—preguntó.

EURÍDICE

—Vivimos allí por su cercanía a las estrellas. Entiéndalo. Cambiaremos Hambre por Eurídice. ¿Le gusta?

—No entiendo nada—dijo ella.

—Pues que una estrella lleva su nombre.

—Yo no me llamo Magdalena.

—¿Quién ha dicho Magdalena?... Yo digo Eurídice.

—Bueno, me da igual. Pero me gustaría ver esa estrella.

—Por supuesto—dije—. Elegiremos una estrella digna de su nombre.

LA BUHARDILLA

(1)

Al día siguiente la llevé por las oscuras escaleras de madera a la buhardilla. Había echado al Macho Cabrío Sabio, y justifiqué su ausencia asombrándome porque no estaba allí.

—Qué poco cortés por su parte—dije.

—Pues sí—dijo ella.

—Quizá ha ido al planetario—dije para excusarlo.

—¿Y dónde tiene la guitarra?—preguntó echando un vistazo a la habitación.

El cuarto se parecía a las entrañas de esos barquitos que se balanceaban en alta mar perdidos en las noches oscuras. La humedad había dibujado en las paredes extraños estampados de flora y fauna que florece y crece sólo en los sueños. En el techo estaba representado el nacimiento del mundo que surgía del abrazo entre el rocío del sueño y la vigilia verde, y en las cuatro esquinas, las imágenes simbólicas de cuatro continentes: el verano africano, la primavera de Asia, las nieves de América, el otoño europeo.

Por las paredes pacían mastodontes y reptiles, y de las pestañas del ojo de un mamut, unos colibríes arrancaban legañas espesas. Bandadas de palomas silvestres (los últimos ejemplares se hallan en esta buhardilla), grullas y golondrinas cubrían los tabiques, creando una enorme cuña en forma de número 1 y formando así una imagen de la fraternidad bíblica y el milagro mítico de la amistad: «Hará la golondrina su nido en la oreja del mastodonte, el colibrí peinará con su pico de plata el pelaje del leopardo, el cuco limpiará los dientes de los cocodrilos del Niágara y del Nilo Sagrado» (Según el Evangelio del Macho Cabrío

Sabio, traducido del galáctico al buhardillítico y versificado por... el denominado Orfeo u Orfeus).

Con las uñas habíamos escrito por toda la pared (siempre y cuando no estropeará la pintura trazada por mano húmeda) sentencias latinas y griegas que acatábamos como los diez mandamientos y declamábamos en las horas de crisis intelectual y desespero a guisa de oraciones de purificación. Eran señales hacia la Verdad, *lux in tenebris*, como decía el Macho Cabrío Sabio. Quién más se iba a acordar de que las sentencias se graban en la pared *ad unguem*, «¡únicamente con las uñas, hasta que brote la sangre!».

He aquí algunas máximas del templo de la Buhardilla:

Jos arta, caci se prostituat!

Quod non est in actis (in artis!) non est in mundo.

Plenus venter non student libenter.

Nulla dies sine linea.

Abyssus abyssum invocat.

Nec vivere carmina possunt.

Quae scribuntur aquae potioribus.

O biós brachús, e de techné makré

Castigat ridendo mores.

Amo, ergo sum.

Credo quia absurdam.

Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.

Gnóthi seautón.

Habent sua fata libelli.

Os homini sublime dedit.

Pectus est quod disertos facit.

Albo lapillo notare diem.

Mens agitat molem...

¿Recuerdas, Macho Cabrío Sabio, aquel grito?: *O ubi campi!* Aquellas máximas que no queríamos acatar: *Primum vivere, deinde philosophari.* Aquella jactancia: *Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis* ('Nos detuvimos aquí cuando el mundo nos falló').

¡Ay, esa buhardilla!

Por el suelo había esparcida paja sucia y pisoteada por la que se arrastraban las cucarachas y en los días grises (la ventana estaba tapada por trapos y papel de periódico viejo y descolorido) incluso se oía el crujido de la paja bajo sus patitas. Nuestros libros estaban sobre la cama envueltos en pañales de celofán, pero también ahí los habían encontrado las ratas, de modo que tuvimos que guardar los ejemplares más valiosos debajo de una campana de cristal sobre la que posamos una piedra. Con este objetivo, el Macho Cabrío Sabio había arramblado con la campana de cristal del Tres elefantes; simplemente se la había puesto en la cabeza y había anunciado ante todos: «Con ella puedo acercarme más a las estrellas», y todos (incluso el camarero) se rieron de la broma ingeniosa y ambiciosa para su edad. Bajo esa campana guardábamos los libros: la *Ética* de Spinoza en latín, las *Sagradas Escrituras*, en hebreo, *Don Quijote*, *El manifiesto* de Marx y Engels, *El segundo*

manifiesto de Breton, *El manual de la alimentación de dieta*, *El hombre y la vida. Pensamientos de un biólogo* de Jean Rostand, *Yoga para todos*, el libro de Jeans sobre las estrellas, *Une saison en enfer* de Rimbaud, *Del amor* de Stendhal, *Sexo y carácter* de Weininger, reproducciones de Van Gogh en una edición de bolsillo y una guía de ferrocarriles internacionales.

Nuestras cosas las teníamos colgadas de ganchos en el techo, exactamente en medio del techo, allí donde se encontraba la vagina de Venus en forma de concha y algas que aparecía dibujada con nitidez por la prodigiosa imaginación de la humedad. De esos ganchos que sobresalían de la piel de Venus colgaban los pantalones de terciopelo negro del Macho Cabrío y mis corbatas negras que eran a la sazón unas doscientas. De otro clavo pendía una bolsa de plástico en la que guardábamos cepillos de dientes, betún, loción y útiles de afeitar. En un rincón o en medio del cuarto (en realidad no tenía un sitio concreto) había una mecedora antigua—el mimbre había empezado a deshacerse—, que servía para las conversaciones filosóficas y las fantasías. Aquel de los dos que estuviera *amok* se balanceaba en la mecedora estridente y declamaba profecías y visiones píticas. Un herrumbroso espejo rajado colgaba un poco torcido sobre el lavabo de la más transparente porcelana china que resonaba con cada palabra como una caracola.

—En realidad no es una guitarra—dije.

—¿No es una guitarra?

—Es un laúd renacentista—continué—. Seguramente se pregunta...

—¡Ay!—dijo asustada—. Algo me corre por las piernas.

—No es nada—dije—. Será un ratón.

—¿Un ratón?

—¿Qué otra cosa podría ser? La serpiente ya está durmiendo.

—¡Dios mío!

—Ahí está, debajo de la campana, al lado de los libros. Le hemos sacado el veneno. La traje de Ceilán—dije con petulancia.

—¿Y para qué quiere una serpiente?

—¿Conoce la leyenda de Orfeo? Por supuesto que sí.

—Con su canto domaba a las fieras...—contestó temblando.

Yo continué:

—*La roca abrió ante él sus puertas, se inclinaron los Andes, la cordillera.*

—Pero ¿dónde está esa... guitarra renacentista?

—Laúd—la corregí.

—Pues bueno, laúd.

Abrí la portezuela oxidada para limpiar el hollín y un tropezón de ratones y ratas salieron chillando.

Ella se encaramó a la cama.

—Ahora, Eurídice, oírás el canto de Orfeo—dije, y rasgué un suave arpegio en modo menor.

Muy bajito canté:

*Tu almohada un pétalo de rosa será,
Tras tus pisadas, los tulipanes llorarán...*

Estaba sentada con las piernas dobladas encima de la cama y me miraba asustada o admirada, no lo sé.

Entonces dijo:

—¡Vaya, vaya!

—Puede estirar las piernas, Eurídice—dije patéticamente.

Ella contemplaba boquiabierta la portezuela de hierro. Una fila de cucarachas subía por la pared hacia el agujero con la dignidad y disciplina de las hormigas o de las abejas obreras. Esperaban a que la última cola de ratón desapareciera en el agujero.

Cuando la última cucaracha reptó por la pared, di una patada a la puerta de hierro y canturreé:

*Tu almohada un pétalo de rosa será,
Tras tus pisadas, los tulipanes llorarán...*

—Ahora no—dijo ella—, ahora no, por favor.

(Eso debió de ser más tarde. Al menos un año luz más tarde. Creo que la luz de la estrella Eurídice, que vislumbré en ese instante, empezó su trayectoria el mismo día en que vislumbré a Eurídice y que su «no» en ese momento significó precisamente que había que esperar a que la luz del encuentro llegara hasta nosotros).

—Bien—dije—. La luz tiene que madurar.

—¿Qué luz?—preguntó ella.

Yo se lo expliqué.

—¿Cómo lo vamos a saber?—dijo ella.

—En tus ojos aparecerá la declinación solar de verano.

¿Puedes imaginártelo? Igual que cuando las aceitunas maduran de la noche a la mañana. Será precioso—dije.

—¡Oh!—exclamó.

Sus ojos se oscurecieron repentinamente y se le bañaron las pestañas de un polen fosco. El laúd cayó con estrépito en la fina paja. Un delicado acorde, que nadie había oído jamás, surgió de su interior. Como si los dedos del crepúsculo hubieran rasgado por las cuerdas.